Hombres, hechos e ideas

Ludwig Van Beethoven

(1770-1827)

Me ha parecido útil hacer conocer a todos los anarquistas, la vida de aquel que desde su nacimiento hasta su muerte, en la miseria más grande, ha escrito las más hermosas páginas musicales.

De origen flamenco, nació en Bonn (Alemania), el 16 de Diciembre de 1770 de un padre alcohólico, el tenor Jean van Beethoven, y de una sirvienta. No amaba la música; a los cuatro años su padre lo brutalizaba para hacerle prender el violón y el clavicordio, durante 5 horas diarias. A los once años debutó en una orquesta. A los trece era organista.

En 1787, su madre, que adoraba, muere arruinada por la tisis. Fué su primer gran sufrimiento.

"Era tan buena conmigo, tan digna de amor, mi mejor amiga!..." Reemplazó a su padre, incapaz de dirigir la casa, al lado de sus dos hermanos, Carlos y Juan.

En 1796, desafiando la suerte, sabiendo lo que quería, persuadido de sus fuerzas, anota en su cuaderno: "Coraje! A pesar de todos los desfallecimientos del cuerpo, mi genio triunfará! ¡Veinticinco años! ¡He aquí que ya han llegado! Los tengo... es preciso que este mismo año el Hombre se revele entero!"

Se decía de él que era orgulloso. Vanos!, que era sobre todo bueno y así lo fué hasta su muerte. Para él, la libertad y la bondad primaban en todo. Romain Rolland, dice de él en el prefacio de "Vida de Beethoven" (1): "Yo amo héroes, sólo a aquellos que fueron grandes de corazón". Más adelante agrega: "Se trata de ser grande y no de parecerlo". Aún más adelante: "Los miserables, los mejores de la humanidad, están entre aquellos."

Beethoven mismo escribía: "Al bien de los pobres debe consagrarse mi arte. A ninguno de mis amigos le debe faltar nada mientras yo tenga algo. (1818). La sonata op. 106, ha sido escrita en circunstancias apremiantes. Es duro tener que trabajar para procurarse el pan.

Estaba en ese momento sin dinero, sus vestidos y los botines despedazados! Para ayudar a un amigo necesitado, compone algo, y lo arroja con desagrado.

Colocaba la libertad ante todo:

Hacer todo el bien posible,
Amar la libertad por sobre todo,
Y ni aunque fuera por un trono
No traicionar jamás la verdad".

Su vida fué de una dignidad y de una independencia soberbias. Hizo sentir a los poderosos la grandeza de su genio. Adolfo Boschot, en su libro: "Entre los músicos", dice hablando de Beethoven: "La inclinación, el amor de Beethoven por la libertad, su respeto de la dignidad humana, era característicos de su fiera raza, que ningún poder alcanzó a someter ni dirigir". Y más adelante: "Flamenco de origen, el genio de Beethoven, fué de una tal magnitud, tan magnánimo, que pertenece a la humanidad entera. El arte no fué para él un simple divertimiento; Beethoven hizo servir la música para la expresión de los sentimientos más profundos".

Creyó un momento en Bonaparte, y compuso para él su Sinfonía Heroica (1804), pero al conocer la coronación, rompió la dedicatoria y gritó violento y lleno de furor: "No es más que un hombre ordinario!"

Criticaba ásperamente los excesos del poder, sus injusticias; no inclinó jamás su inmenso genio, y defendió la causa noble y bella de la emancipación humana.

Los tiempos son duros, la reacción monárquica oprime los espíritus. "La censura me ha muerto, — gemía Grillparzer. — Es necesario partir para América del Norte, si se quiere hablar, pensar libremente".

Pero nada impedía a Beethoven hablar. "La música debe encender el fuego del espíritu". "Por qué escribo?"

"Lo que tengo en el corazón es necesario que salga, y por eso escribo... La libertad es el progreso, son los fines del arte, como los de la vida entera".

El poeta Kuffner, le escribía: "Las palabras están encadenadas, mas, felizmente, son libres los sonidos".

Romain Rolland, dice de él: "Beethoven es la gran voz libre, la única quizás del pensamiento alemán". El lo sabía: Muchas veces habla del poder de actuar, que se le imponía al espíritu, por medio de su arte: "..., por la pobre humanidad" — "por la humanidad del porvenir". "Nuestros tiempos, — escribía él a su sobrino — tienen necesidad de espíritus robustos, que sacudan a esas almas humanas, mendigas y miserables!"

De una exquisita sensibilidad, le angustiaban los ajenos sufrimientos y le atormentaban las injusticias y los abusos del poder. Su vida es una larga serie de dolores, físicos y morales.

Desde 1795, comenzó a sentirse sordo, y es fácil imaginar la pena de este hombre, herido en sus más puras alegrías y luchando para ocultar su enfermedad.

Sus dos mejores amigos, (Amenda y Weyeler) no lo supieron hasta algunos años más tarde; a uno de ellos escribía: "...como debo vivir tristemente, evitar todo lo que más amo y me es querido, y esto en un mundo tan miserable y tan egoista..."; al otro decíale: "...Resignación! qué triste refugio! y sin embargo, es el único que me queda". Sus obras de 1799, expresan esta profunda tristeza.

En 1802, Giullietta Quicciardi, a quien ama, y por quien sufre, se casa con el conde Gallenberg; de él habla Beethoven así: "Era mi enemigo y es esa, justamente, la razón para que yo le hiciera todo el bien posible".

El mismo año escribió las obras siguientes: op. 26, op. 27, op. 31, op. 30, 47 y 48, que se expresan en tres palabras: Salud! Amor! Esperanza!

Quería vivir. "Es tan hermoso", decía. En 1810, el amor abandona nuevamente a Beethoven. Teresa de Bruswick ama su raro genio, al gran artista, al hombre bueno... pero, durante muy poco tiempo.

Esta vez, fué mortalmente herido, y escribía: "Sumisión, sumisión profunda a tu destino; tu, no puedes existir más para ti, sólo para los otros; para ti no hay más felicidad que tu arte".

En la historia de la música, A. Layoix (h.), dice del genio de Beethoven: "Yo no sé, pero jamás el pensamiento humano ha hallado en la música, un lenguaje más sublime para expresar la lucha hiriente, punzante, del hombre, contra el abatimiento y la desesperación".

En noviembre de 1826, le ataca un enfriamiento pleurético... 26 de Marzo de 1827, triste día; una tempestad de nieve cae sobre Viena; el trueno retumba a cada instante. Qué tonalidades discordantes! Mientras, en una mísera pieza, Beethoven, en cama desde hace tiempo, aguarda la muerte, con la esperanza de vivir... Todavía la nieve, un estrépito de trueno, y Beethoven ha muerto!

Esta vida es un ejemplo claro de decisión, de fé y de grandeza moral.

SAM.

(De Le Libertaire).

(1) Vida de Beethoven, por R. Rolland.

PEDRO KROPOTKINE

LA ETICA

TOMO I.-Origen y desarrollo de la moral

CAPITULO 3

El principio moral en la naturaleza (1)

LA TEORIA DE DARWIN SOBRE EL ORIGEN DEL SENTIMIENTO MORAL EN EL HOMBRE. — GERMENES DEL SENTIMIENTO MORAL EN LOS ANIMALES.— ORIGEN DEL SENTIMIENTO DEL DEBER EN EL HOMBRE. — LA AYUDA MUTUA COMO FUENTE DE CONCEPCION DEL SENTIMIENTO ETICO DEL HOMBRE. — SOCIABILIDAD EN EL MUNDO ANIMAL. — RELACIONES DE LOS SALVAJES CON LOS ANIMALES. — EL ORIGEN DE LA NOCION DE JUSTICIA DE LAS TRIBUS PRIMITIVAS.

(Traducción directa del ruso por Julio Company)

La obra, cumplida por Darwin, no se limitaba únicamente al dominio de la biología. Ya en 1837, cuando recién había hecho el esquema general de su teoría del origen de las especies, escribió en su libro de notas: "Mi teoría conducirá a una nueva filosofía". Que es como resultó ser en realidad. Introduciendo la idea de la evolución en el estudio de la vida orgánica, inauguró con ello una nueva éra en la filosofía; y el ensayo, escrito por él más adelante, del desarrollo del sentimiento moral en el hombre, abrió un nuevo capítulo en la ciencia sobre la moral (2).

En este ensayo presentó Darwin bajo nueva luz el origen verdadero del sentimiento moral y colocó todo el problema sobre un terreno científico, y aunque sus conceptos pueden ser considerados como el desarrollo posterior de los conceptos de Shaftesbury y Khetison, hay que reconocer, sin embargo, que abrió para la ciencia sobre el principio moral un camino nuevo en la dirección brevemente indicada por Bacón. Convirtióse, de esta manera, en uno de los fundadores de las escuelas éticas a la par de Hume, Hobbes y Kant.

El Pensamiento fundamental de la ética darwiniana puede ser expresado en pocas palabras. El mismo lo definió con exactitud en las primeras líneas de su ensayo. Empezó por la apología del sentimiento del deber, describiéndolo con las bien conocidas palabras poéticas: "El deber, pensamiento maravilloso, que obra sobre nosotros no por la lisonja, no por la compasión, no por alguna amenaza..." etc. Y este sentimiento del deber, o sea, esta conciencia moral, lo explicó, "exclusivamente desde el punto de vista de las ciencias naturales", — explicación, agregaba, que ningún escritor inglés intentó hasta ahora dar. (3).

En realidad, esta explicación ya había sido sugerida por Bacon.

El admitir que el sentimiento moral se adquiere por cada persona por separado durante su vida, Darwin lo consideraba, claro está, "por lo menos inverosímil desde el punto de vista general de la teoría de la evolución". Explica el origen del sentimiento moral por los sentimientos de sociabilidad, existentes instintivamente, o innatos, en los animales inferiores y, posiblemente, en el hombre. La base verdadera de todos los sentimientos morales la veía Darwin "en los instintos sociales, en fuerza de los cuales halla el animal placer en la sociedad de sus compañeros — en el sentimiento de alguna simpatía para con ellos, en el cumplimiento con relación a ellos de distintos servicios". Interpretando Darwin el sentimiento de simpatía en su sentido exacto, no en el sentido del sentimiento de compasión o "amor", sino en el del "sentimiento de compañerismo", de "impresionabilidad mutua" — en el sentido de que en el hombre pueden influir los sentimientos de otro a otros.

Expresada esta primera proposición, Darwin indicó más adelante, que en toda especie de animales, si en ella se desarrollaran las facultades intelectuales en la misma proporción que en el hombre, indefectiblemente se desarrollaría también el instinto social. Y la no satisfacción de este instinto conducirá inevitablemente al individuo al sentimiento de disgusto y hasta a sufrimientos, si, considerando su conducta, verá, que en tal o cual caso "el constante, siempre presente instinto social cedió a otros instintos, que aunque más fuertes en ese instante, no eran, empero, perennes y que no dejan tras sí una impresión muy fuerte".

Darwin, de esta manera, comprendía el sentimiento moral, no en forma de un don místico de procedencia desconocida y misteriosa, como se lo representaba Kaint. — "Cualquier animal", escribía Darwin, que posee instintos sociales definidos—los afectos paternales y filiales inclusive, — adquirirá, inevitablemente, un sentimiento moral, o conciencia ("el conocimiento del deber" kantiano), tan pronto sus facultades intelectuales lleguen al nivel de las del hombre.

A estas dos proposiciones fundamentales agregó Darwin dos secundarias.

Cuando se desarrolla el lenguaje articulado, escribía, y aparece la posibilidad de expresar los deseos de la sociedad, entonces, la opinión "pública" al respecto de como debería de conducirse cada miembro de la sociedad, vuélvese naturalmente una fuerte y hasta principal guía de conducta. Pero la influencia de la aprobación de la conducta por la sociedad, o su desaprobación, depende enteramente de la fuerza del desarrollo de la simpatía mutua. Damos importancia a las opiniones de otros, únicamente porque nos hallamos en simpatía (en co-amistad) con ellos; y la opinión pública influye en la dirección moral solamente en el caso de que el instinto social esté suficientemente desarrollado.

La exactitud de esta indicación es evidente; destruye el concepto de Mandeville (autor de "la fábula de las abejas") y de sus continuadores más o menos francos del siglo diez y ocho, quienes intentaban presentar la moral como un conjunto de hábitos condicionales.

Finalmente, Darwin tocó también la costumbre, como una de las fuerzas activas en la elaboración de nuestra conducta para con los demás. Refuerza el instinto social y los sentimientos de simpatía mutua, como asimismo el sometimiento a los juicios de la sociedad.

Expresada la esencia de sus conceptos en estas cuatro proposiciones, Darwin después las desarrolló.

Estudió primero la sociabilidad en los animales — en cuanto les agrada estar en sociedad y lo mal que se sienten en la soledad; su continuación relación entre sí, su mutua advertencia del peligro y su apoyo recíproco en la caza y para la defensa. — "No hay duda—dice,—que los animales sociables sienten un amor mutuo, desconocido de los animales adultos, no sociables". Pueden no participar en los placeres unos de otros, pero los casos ampliamente demostrados de simpatía en los trances difíciles son completamente comunes; y Darwin citó varios de estos más sorprendentes casos. Algunos de ellos, como, por ejemplo, el pelícano ciego, descripto por Saintsburry y la rata ciega, mantenidos ambos por sus congéneres, son ya ejemplos clásicos.

"Además, proseguía Darwin, fuera de amor y simpatía, conocemos en los animales otras cualidades, relacionadas también con los instintos sociales, a las que nosotros, los hombres, denominaríamos cualidades morales", y citó algunos ejemplos del sentimiento moral en los perros y elefantes (4).

Se comprende que para toda acción conjunta, (y en algunos animales son estas acciones lo más común: toda la vida se compone de acciones semejantes) se necesita la efectividad de algún sentimiento moderador. Además, hay que decir que Darwin no desarrolló el problema sobre la sociabilidad en los animales y de los gérmenes de sentimientos morales en ellos, en la medida en que hubiera sido necesaria en vista de la gran importancia de estos sentimientos en su teoría de la moral.

Pasando después a la moral humana, notó Darwin que aunque en el hombre, tal como existe ahora, hay muy pocos instintos sociales, presenta, sin embargo, un ser sociable, que ha conservado desde tiempos muy remotos una especie de amor instintivo y simpatía hacia sus congéneres. Estos sentimientos obran como instintos impulsivos, semiconscientes, a los que ayudan la inteligencia, la experiencia y el deseo de aprobación por parte de los demás.

"De esta manera — concluía Darwin, — los instintos sociales, los cuales habrán sido adquiridos por el hombre aun en una época muy primitiva de su desarrollo — ya, probablemente, por sus antecesores de apariencia simiesca—sirven aun ahora de móvil para algunos de sus actos personales". El resto aparece como resultado de la inteligencia que se desarrolla cada vez más y de la educación colectiva.

Es evidente que estos conceptos de Darwin serán reconocidos exactos únicamente por los que reconocen que las facultades intelectuales de los animales se distinguen de las idénticas facultades del hombre únicamente por grados de su desarrollo, y no por su especie. Pero a idéntica conclusión llegó ahora la mayoría de los que estudiaron la psicología comparada del hombre y de los animales; y las tentativas hechas hace poco por algunos psicólogos en el sentido de separar por un abismo insalvable los instintos y las facultades intelectuales del hombre de los instintos y facultades intelectuales de los animales, no lograron su objeto (5). Se comprende que, de la similitud de los instintos y la inteligencia del hombre y de los animales, no se desprende que los instintos morales, desarrollados en las distintas especies animales, y tanto más en las diversas clases, fueran idénticos entre sí. Comparando, por ejemplo, a insectos con mamíferos, nunca hay que olvidar que las líneas, por las que ha ido el desarrollo de unos y otros, separáronse ya en una época muy temprana del desarrollo de la población animal del globo terrestre. En consecuencia estableciose entre las hormigas, abejas, avispas, etc., una profunda división fisiológica, en su estructura y en toda su vida, entre diferentes secciones de la misma especie (obreras, zánganos, reinas), y a la vez una profunda división fisiológica del trabajo en sus sociedades, (o, mejor dicho, — división del trabajo y división fisiológica en la estructura). Esta división no existe entre los mamíferos. Por lo cual difícilmente pueden los hombres juzgar sobre la "moralidad" de las abejas obreras, cuando matan a los zánganos en su colmena. De ahí que el ejemplo de la vida de las abejas expuesto por Darwin, haya sido recibido tan hostilmente en el campo religioso. Las sociedades de abejas, avispas y hormigas y las sociedades de mamíferos hace tanto que se dirigieron por sus caminos propios de evolución, que entre ambos perdióse en mucho la inteligencia mutua, idéntica incomprensión mutua, aunque en menor escala, vemos también entre las sociedades humanas en distintas escalas de su evolución.

Y mientras tanto, las nociones morales del hombre y los actos de los insectos, que viven en sociedad, tienen entre sí tanto de común, que los más grandes maestros de moral de la humanidad no hesitaban en mencionar como ejemplo para los hombres algunos rasgos de la vida de las hormigas y abejas. Nosotros, los hombres, no las sobrepasamos en abnegación de cada una hacia su grupo; siendo que, por otra parte, no mencionando ya las guerras, o la destrucción general, acaecida de tanto en tanto, de disidentes religiosos, o de adversarios políticos, — las leyes de la moral humana sometiánse en el transcurso de los siglos a alteraciones y subversiones profundísimas. Basta recordar los sacrificios humanos a las divinidades, el mandamiento "ojo por ojo" y "vida por vida" del viejo testamento, las torturas y ejecuciones, etc., y comparar esta "moral" con el respeto de todo viviente, predicado por Bodisatva, o con el perdón de todas las ofensas, que predicaban los primeros cristianos, para comprender que los principios morales están supeditados al mismo "desarrollo", y a veces a subersiones, como todo lo demás.

Nos vemos obligados a reconocer, de este modo, que si la distinción entre las nociones morales de la abeja y del hombre es fruto de la separación fisiológica, la semejanza asombrosa, entre unos y otros, en otros rasgos específicos nos demuestra la unidad de origen.

Darwin llegó, de esta manera, a la conclusión de que el instinto social representa una fuente común, de la que desarrolláronse todos los principios morales. Y él intentó definir de un modo científico el instinto.

Desgraciadamente, la psicología científica de los animales está muy poco profundizada aún. De ahí que es todavía extremadamente difícil orientarse en las relaciones complejas entre el instinto propiamente social y los instintos paternal, filial y fraternal, como también entre otros varios instintos y facultades: como la simpatía mutua de un lado y la razón, experiencia e imitación del otro.

Darwin comprendía esta dificultad, expresándose por ello con excesiva prudencia. Los instintos paternales y filiales "forman, según parece, la base de los instintos de sociabilidad"—escribía él; y en otra parte se expresa: "El sentimiento de placer de encontrarse en sociedad, representa, probablemente, la extensión de los afectos pa-

---

PEQUEÑECES...

¡Hola, compañero! ¿Qué tal, qué se dice?

Hace tiempo que no se le ve el pelo por nuestras fiestas y conferencias.

—Sí, es verdad, ando un poco preocupado.

—¡Qué, se siente mal! ¿Ha estado enfermo, acaso?

—No, nada de eso; Vd. comprenderá, sufre uno tantas desilusiones con los compañeros que termina uno por cansarse de todo y de todos...

—¡Caramba, caramba! ¿Tanto daño le han hecho a Vd. los compañeros?

—¡Uf, Vd. no se imagina, ya estoy completamente desengañado! El ideal es muy hermoso, ¿sabe? pero los hombres, amigo, son todos unos canallas, ¿comprende?

—¡Oh, sí, sí, ya me doy cuenta!... Eso mismo dicen la mayoría de las mujeres... y ha de ser así nomás, cuando todos lo dicen...

—Créame, amigo, entre nosotros hay muchos vividores y sinvergüenzas.

—¡Oh, ya lo creo, si se ve!...

—Yo sé que hay también muy buenos compañeros, ¡pero son tan raros!...

—Gracias. Cambiemos el disco. ¿Y Vd. se casó o vive solo siempre?

—¡Qué, si hace más de un año que me casé! Ahora hay que poner juicio; ya la vida es otra cosa, ¿comprende?

—Sí, sí, ahora lo comprendo todo... Ni media palabra más. Bueno, "amigo", yo me bajo en la otra cuadra; hasta la vista y que se mejore...

—Sí, sí, compañerito, Vd. tendrá todas las razones del mundo para andar de luto, pero qué quiere, camarada, con todas esas razones Vd. no convence más que a los tontos.

—Vea, compañero Helios, yo me sé de memoria todo lo que Vd. me puede decir; comprendo que entre nosotros estas cosas están demás, y hasta admito que sea estúpido usar luto, pero Vd. reconocerá que hay costumbres y prejuicios que no están reñidos con los ideales, y que porque uno de nosotros los observe, no por eso pierde algo de su propio valor el ideal que sustentamos.

—Sí, hombre, sí, Vd. tendrá sus razones para andar como anda, eso ya se sabe sin que Vd. nos lo diga. Las ideas en este caso no han perdido nada, el que ha perdido a las ideas es Vd., esto es, que no está Vd. a la altura que le corresponde como anarquista. Y para terminar, le diré que hay pequeñeces en la vida del hombre que hablan más y mejor que un discurso o un libro. ¡Salud anarquista de luto!...

HELIOS.